

*Eraclio Zepeda, entrevista*

# Aventura vital de un fabulador

Silvina Espinosa de los Monteros

Con 77 años cumplidos, Eraclio Zepeda (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1937) está dedicado a la escritura como nunca antes. Su fabulosa existencia no es más que la confirmación de aquella consigna que señala: “Hay más tiempo que vida”.

El impulso vital de este hombre que encarnó a Pancho Villa en la película *Reed. México Insurgente* (1973) de Paul Leduc, no sólo lo llevó a viajar por el mundo y a defender sus ideas políticas a través de las armas en momentos históricos tras el triunfo de la Revolución cubana, sino también a escribir poesía y relatos memorables.

Zepeda también ejerció la docencia de manera incansable, se postuló como diputado del ya extinto Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y en 2012 se convirtió en miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Como resultado de su trayectoria literaria, el 2 de diciembre recibe en Palacio Nacional, el Premio Nacional de Ciencias y Artes.

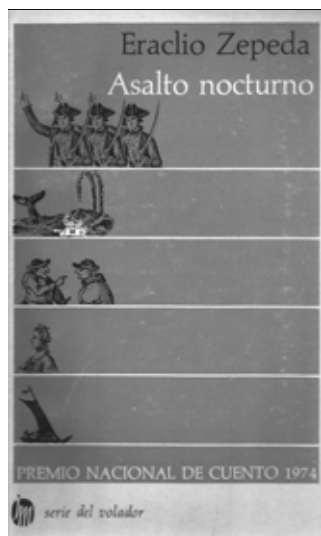
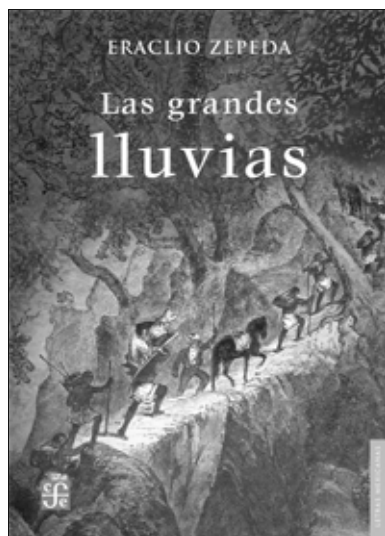
Con gran elocuencia y lucidez, Eraclio Zepeda —*Laco*, como le dicen de cariño— echa a andar los engranajes de la memoria a fin de revisar su trayectoria. El momento en que le llega este premio nacional, comenta, es muy bueno: “Ahora en esta biblioteca que ves, dedico más tiempo que nunca a escribir. He terminado una tetralogía de novelas y estoy a punto de concluir dos libros más. Uno, de cuentos sobre migrantes en Chiapas y, otro, de crónicas de algunos de los muchos viajes que he realizado”.

## LA SEMILLA DE LA PALABRA

—Don Eraclio, ¿cómo fue su infancia? ¿Quién siembra en usted el gusto por la palabra?

—Desde los tiempos de mi bisabuela, en mi casa siempre hubo un gusto por las bibliotecas, los libros, la palabra oral y la acumulación de conocimientos universales. Mi abuelo fue un joven combatiente contra los franceses en Puebla, a los 18 años tenía el grado de coronel, escribía poesía y artículos para la prensa. Mi papá, que es el segundo Eraclio (sin hache), estuvo exiliado en Guatemala por la lucha contra Obregón. Ahí conoció a Miguel Ángel Asturias y a Cardoza y Aragón. A su regreso a Chiapas, en 1933, fundó *Renovación*, un periódico importante en su época, donde publicó cuentos llenos de humor y picardía. Era un gran lector. A pesar de los años violentos de la Revolución, la biblioteca de la familia se conservó, aun cuando en varios momentos fue saqueada, porque se lograron esconder algunos textos. Yo crecí con dos bibliotecas: la de los libros y la de las palabras. La biblioteca de palabras estaba conformada por los relatos extraordinarios que mi papá dejaba caer en la sobremesa. No recuerdo que las repitiera, sus historias siempre eran diferentes. Mucha gente llegaba a escucharlo después de la comida. Siempre hubo el gusto por las historias y la curiosidad por conocer personas. Eso es algo que también debo a mi papá.

—¿Recuerda alguna lectura que lo haya deslumbrado?



—Por supuesto, Salgari y los libros de viajes. Pero también, gracias a mi papá, leí una novela chiapaneca de don Emilio Rabasa, que en realidad es una tetralogía: *La bola*, *La gran ciencia*, *Moneda falsa* y *Cuarto poder*. Don Emilio Rabasa, quien fue jurista y gobernador del estado, escribió estas novelas sobre un pueblo mítico llamado San Martín de la Piedra, que en realidad es Ocozocoautla. Eso me sirvió para ver por qué escribir sobre Chiapas era importante y que la única forma de trascender era tener las raíces profundamente incrustadas en la tierra.

—¿A qué edad llega a la Ciudad de México?

—Poco antes de cumplir los catorce años; en 1951 vine a estudiar la secundaria en la Universidad Militar Latinoamericana. Ahí conocí amigos que lo han sido para toda la vida; entre ellos, mi cabo, mi jefe inmediato: Rodrigo Moya, gran fotógrafo y también cuentista. Él es un personaje extraordinario, gran lector, buen divulgador de la literatura moderna y, sobre todo, una gente siempre dispuesta a la búsqueda de la justicia. Ahí también conocí a los hermanos Labastida: el mayor, que acaba de fallecer, el otro es Jaime Labastida y el más chico, que es Pancho. En ese lugar cultivé otra amistad que ha durado muchos años con Jaime [Augusto] Shelley y con el joven panameño Nils Castro, con quien tuve mucho contacto y luego coincidimos en Cuba. Curiosamente, aquella escuela militar, que estaba en el kilómetro 20 del Camino al Desierto de los Leones, era un sitio donde los asuntos del espíritu debían estar alejados; pero, por el contrario, eran muy constantes. Teníamos maestros extraordinarios con un profundo conocimiento humanista, capaces de entregarnos a manos llenas el saber universal.

#### LIBROS DE CUENTO Y POESÍA

—¿Cuál fue el origen del grupo *La espiga amotinada*?

—Cuando salimos como bachilleres de la escuela militar, Jaime Labastida, Jaime Shelley y yo entramos a

la Universidad Nacional. Ahí reencontré a dos amigos muy queridos de la infancia en Chiapas, Óscar Oliva y Juan Bañuelos. A estos últimos los presenté con Shelley y Labastida y formamos un grupo literario. Tres éramos de la misma edad, Labastida dos años más joven y Bañuelos, el mayor; por lo que en gran medida fue nuestro guía en las lecturas. Él nos puso en contacto con el gran poeta catalán Agustí Bartra, quien nos pidió un libro de poemas a cada uno y, semanas después, nos dio la gran sorpresa de que los había reunido en un volumen bajo el título de *La espiga amotinada*, que poco después se publicó en el Fondo de Cultura Económica.

—¿Para entonces ya había aparecido su libro de cuentos *Benzulul*?

—*Benzulules* mi primer libro publicado, pero no el primero que escribí. La aparición de *La espiga amotinada* coincidió con la aspiración de Óscar Oliva y mía de irnos a estudiar a Europa. La embajada checa nos había ofrecido becas que incluían todo por cinco años, pero debíamos tener pasaje de ida. Buscamos por muchos lados, pero no conseguimos el dinero. Como sentía que eso había sido un gran fracaso, decidí irme a vivir a la Selva Lacandona porque era un lugar que siempre me había atraído mucho. Ahí estuve varios meses y después fui a casa de mis papás. Yo estaba enteramente metido en la poesía, pero me comenzaron a interesar los relatos y empecé a escribir algunas de las historias que había visto o creído ver en la selva y que después se convirtieron en *Benzulul*. En eso estaba, cuando me fui a vivir a San Cristóbal de las Casas, que por entonces quedaba a dos horas de camino de Tuxtla. Ahí estaba la única escuela superior del estado, la Escuela de Derecho, fundada en tiempos de la Colonia. Además de inscribirme en derecho como alumno, me contrataron para dar clases de sociología en la preparatoria. Convencí a Óscar Oliva, que había vuelto a Tuxtla, de que nos fuéramos a vivir allí. Durante esa estancia, tuvimos la fortuna de estar al amparo de Rosario Castellanos, quien dirigía el

teatro guiñol del Centro Coordinador Tzeltal-tzotzil del Instituto Nacional Indigenista. Entonces, ella era muy joven pero ya era una maestra completa. Su casa se convirtió en una verdadera universidad para nosotros.

—¿En qué momento inicia sus estudios como antropólogo social?

—En San Cristóbal, en el Centro Coordinador Tzeltal-tzotzil, me interesé por la antropología. Había antropólogos destacadísimos como Ricardo Pozas Arciniega, autor de *Juan Pérez Jolote* y el doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, entonces director de ese centro; más tarde, subdirector del Instituto Nacional Indigenista y, en 1956, nombrado rector de la Universidad Veracruzana. En un viaje que hicimos Shelley y yo, pasamos por Xalapa a saludar a Marco Antonio Montero, a quien Aguirre Beltrán se había llevado de San Cristóbal para hacer el teatro universitario. Montero nos llevó a saludar al rector, quien nos dijo que siempre tendríamos un lugar en la universidad y que contáramos con una beca para estudiar lo que quisiéramos. Nosotros todavía estuvimos un año y medio más en Chiapas y un día decidimos irnos a vivir a Xalapa. Shelley estudió filosofía y yo antropología, carrera en la que sólo estuve tres años, ya que en ese lapso sucedieron cosas extraordinarias como el triunfo de la Revolución cubana.

FIDEL CASTRO ABORDA EL *GRANMA*

—¿De qué modo fue invitado a trabajar como profesor en la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba?

—En la Universidad Militar Latinoamericana tuvimos como maestro de francés al coronel Alberto Bayo, militar español, veterano de la guerra de España, asilado en México. Le faltaba un ojo, lo había perdido en la guerra. Además de francés, el coronel Bayo nos daba ideas de tipo militar. Nos decía: “Ningún grupo de infantería puede prescindir de planeadores para atacar al enemigo por la retaguardia sin hacer ruido. Yo veo que los miércoles vienen de visita muchas muchachas bonitas y organizan un baile. ¿Por qué no cobran las entradas y con ese dinero hacemos un planeador?”. Y así lo hicimos, el dinero que reuníamos se lo dábamos al coronel. Un día, apareció una nota a ocho columnas en *Excelsior*: “Peligrosísimo comunista español entrena a comunistas cubanos”. Se referían al coronel Alberto Bayo, quien era el instructor militar de Fidel Castro y del *Che* Guevara. Se armó un gran escándalo. Castro cayó preso junto con el *Che*, Raúl y casi todo su grupo. El general Cárdenas tuvo que intervenir con el presidente López Mateos para que fueran liberados con la condición de que abandonaran el país, motivo por el que Fidel precipitó su salida en el *Granma* rumbo a Cuba. Era un yate para 14 pasajeros y lo abordaron más de ochenta. Al coronel Bayo le perdimos la pista. Pero como teníamos una relación

anímica con esa lucha que estaban haciendo los muchachos cubanos, escribimos que queríamos ser voluntarios en la Revolución. Nos contestaron que agradecían mucho nuestro gesto, pero que toda la juventud cubana los apoyaba, que en cuanto triunfara la Revolución, seríamos invitados. Estábamos en Xalapa cuando nos llegó la invitación para asistir a la celebración del 26 de julio en 1960 (el segundo 26 de julio ya en libertad). De Xalapa salimos Shelley y yo, también el entonces joven historiador Enrique Florescano y otro joven estudiante de filosofía, Roberto Bravo Garzón, quien después fue un gran rector, modernizador de la Universidad Veracruzana; Jaime Labastida se nos unió en la Ciudad de México.

Para ese grupo —relata Zepeda— la visita a la isla fue un gran deslumbramiento: ver con los propios ojos el triunfo de la Revolución cubana, el éxito de las campañas de alfabetización, la reforma agraria. De ahí que cuando regresa a México, Zepeda decide dar una serie de conferencias en varias ciudades del país sobre lo que había visto. Un día, mientras ofrecía una de esas charlas en la Universidad Veracruzana, el doctor José Antonio Portuondo, el gran investigador de la literatura latinoamericana y embajador de Cuba en México, le ofreció ir a dar clases a la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba. Eraclio Zepeda le dijo: “Tengo un problema, me faltan dos materias para graduarme”. A lo que el embajador le contestó: “Váyase a Cuba y gradúese de hombre”. Entonces, *Laco* fue a despedirse de sus papás y una semana más tarde, el día en que cumplió 24 años, arribó a la isla caribeña.

Poco antes de eso, el historiador Enrique Florescano, quien era dirigente de la Asociación de Estudiantes de Veracruz, le sugirió a Eraclio Zepeda entrar a un concurso literario convocado por esa asociación, *Laco* entregó el cuento “No se asombre, sargento” y ganó el primer lugar. Los primeros tres sitios del concurso fueron publicados en un folletito.

En ese momento, Zepeda ya tenía cinco o seis cuentos escritos, resultado de su experiencia en la Selva Lacandona. Por lo que Sergio Galindo, entonces director editorial de la colección Ficción de la Universidad Veracruzana, le pidió completar un total de ocho relatos, los cuales se publicaron bajo el nombre de *Benzulul*, libro que apareció en 1960, poco antes que el volumen colectivo de poesía *La espiga amotinada*.

LA INVASIÓN DE BAHÍA DE COCHINOS

Una vez instalado como profesor de sociología y literatura en la Universidad de Oriente (UO) de Santiago de Cuba, a Eraclio Zepeda le toca un acontecimiento histórico que lo hace tomar las armas: la invasión de Playa

Girón por parte de exiliados cubanos apoyados por fuerzas militares estadounidenses en Bahía de Cochinos.

—Yo vivía en un cuarto de estudiante. Era el mes de abril de 1961 y tenía como quince días dando clases. Le había prometido tanto a mis padres como a mi partido, el Partido Comunista, que iba a ser únicamente profesor y no me metería en nada más. Una mañana se escucharon estallidos, abrí mi ventanita de la que se veía el aeropuerto situado en una loma, pensando en que había algún festejo con cohetes. Por primera vez en mi vida vi un avión en picada que disparaba con ametralladoras sobre la torre del aeropuerto y de este también salían ráfagas de defensa. “Ya empezó la guerra”, me dije. Sabíamos que podía comenzar en cualquier momento. Fui a mi centro de trabajo y al llegar me encontré a uno de mis alumnos, acribillado en el aeropuerto, ensangrentado sobre una mesa. Eso me impresionó. En esa circunstancia, llegaron las mamás de los estudiantes y comenzaron a coser las insignias en los uniformes milicianos de sus hijos. Llegó un carro con miembros del ejército rebelde a entregar armas muy viejas. Por la forma en que los jóvenes las tomaron, era evidente que no sabían de armas. Muchos de ellos sostenían un arma por primera vez. No sé en qué momento una mamá cubana me cosió unas insignias en la ropa, cuando terminó me di de alta como miliciano.

—Y luego, ¿qué sucedió?

—Nos llevaron a un estadio para darnos instrucción militar. Allí, llegaron otros camiones con militares que repartieron armas automáticas, ahora sí más modernas. A nosotros nos tocó la metralleta soviética PPSHA-41, a la que llamábamos la *Pepeshá*. Tiene la peculiaridad de tirar en dos velocidades, tanto en ráfaga como en tiro a tiro. Además del arma nos dieron dos cargadores extras; era como los ganchitos y palotes para el combate a nivel pelotón. Se dieron cuenta de que yo sabía de armas y en ese momento me ascendieron a cabo y tenía cinco gentes a mi mando. Nos llegó la noticia de que había empezado la invasión en Playa Girón, en la Bahía de Cochinos y debíamos partir para el combate. No había transportes militares y nos subieron a un autobús. A unos kilómetros de la playa nos bajaron y nos informaron que les estaba yendo bien a los cubanos, pero que había que reforzar. Comenzamos a avanzar y a tomar prisioneros. Hubo tiroteos. De repente vimos venir hacia nosotros un tanque, no puedes imaginarte el terror. Es como si te enfrentaras a un monstruo antediluviano. Escuchas el ruido: “Pan, pan, pan”, al tiempo que el tanque va moviendo la torreta con un cañón largo, como si fuera un gran dedo que te estuviese apuntando. Se abrió la escotilla y apareció un negro cubano que dijo: “Chico, patria o muerte. Venceremos”. Era un tanque cubano. Yo ni siquiera sabía que ellos tuviesen tanques. Hubo aplausos y un gran alivio. Continuamos la mar-

cha. Al llegar a Playa Girón, el enemigo ya estaba en retirada. Los contrarrevolucionarios se habían subido al único barco que quedaba. En ese momento llegó otro tanque cubano y le pegó un cañonazo al barco y este se comenzó a hundir, la escotilla del tanque se abrió y era, ni más ni menos, que Fidel. Enseguida salió el que manejaba el tanque y yo, de curioso, fui a investigar quién era y me enteré de que era un taxista de La Habana. Fidel comenzó a caminar a grandes zancadas y lo seguimos hasta el pueblito de Playa Girón, a la mitad del poblado apareció un muchacho de los invasores: un jovencito rubio que apuntó a Fidel con un rifle, el comandante sin detenerse le gritó: “Chico, chico, tira eso que te vas a comprometer”. El joven tiró el arma y se rindió.

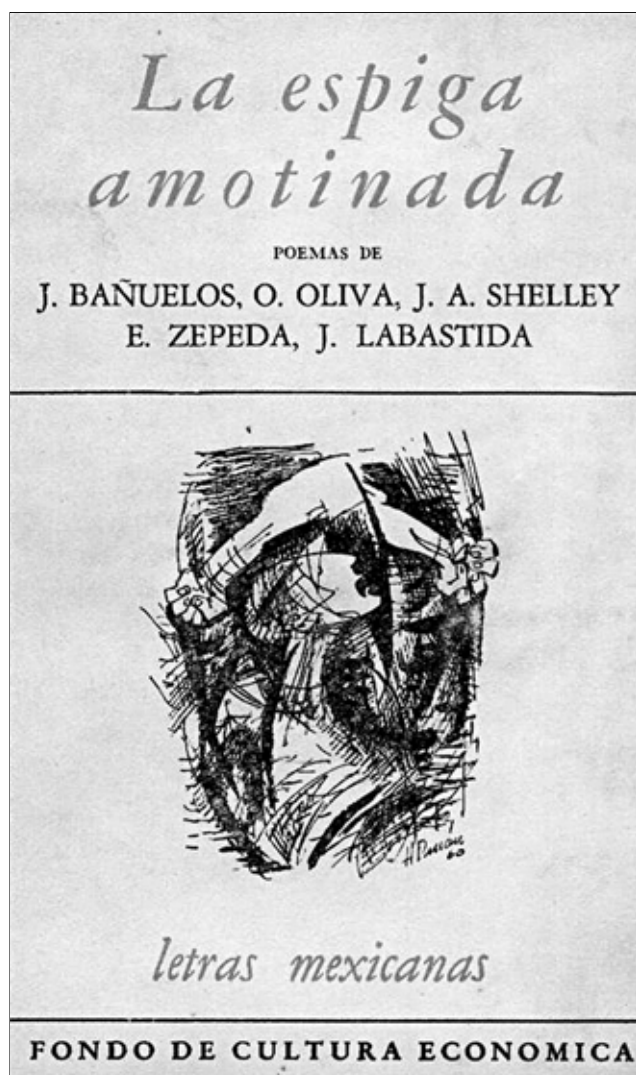
—¿Usted siguió dando clases?

—Sí, regresamos a la universidad en Santiago de Cuba, ahí ascendí a sargento. Poco después me dieron la encomienda de crear la Compañía Especial de Combate, especializada en ataque y contraataque para darle seguridad a la ciudad. Dicha compañía la formé con mis alumnos y con campesinos alistados que también



Eraclio Zepeda

© Javier Narváez



asistieron a la universidad por su propio interés. Más tarde se incorporó el pintor mexicano Carlos Jurado, amigo mío quien trabajó en el centro indigenista de San Cristóbal de las Casas y llegó a ser mi brazo derecho en la compañía. Es un hombre muy valiente. Estuve casi un año al frente de la compañía, terminé el año escolar y me fui a La Habana. Nicolás Guillén me invitó a ser miembro fundador de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Por otra parte, me incorporé a la Escuela Nacional de Instructores de Arte, de la que también fui profesor fundador. Participé también activamente en la Casa de la Américas, por entonces recién nacida. Recién llegué a vivir en La Habana comenzó la llamada Crisis del Caribe. Los soviéticos instalaron bases de cohetes en Cuba y eso por poco desata la tercera guerra mundial. Ante esa situación volví en un tren de movilizados a Santiago de Cuba y me presenté en mi Compañía. Me comunicaron: “Tú sigues siendo el jefe, nada más que la compañía ha crecido y ahora está integrada como por 800 elementos que están en la primera línea de posible combate en Guantánamo”. Como éramos jóvenes, teníamos la seguridad de que si los gringos entraban, los haríamos pedazos. Nos sentíamos invencibles. Llegamos a la frontera con Guantánamo;

yo, como jefe militar, y Nils Castro, mi antiguo compañero panameño de la escuela militar, como comisario político.

Debido a una llamada personal que tenía que hacer Nils Castro, tanto Zepeda como él volvieron a la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba y se detuvieron a jugar un partido de fútbol, al que se incorporó el *Che* Guevara como portero, quien después de atrapar la pelota se daba disparos con su inhalador, debido al asma que padecía. En una jugada, el *Che* se arrojó a los pies de Nils Castro y este, para no patear al comandante, dejó ir la pelota, lo que causó el enojo del *Che* y finalizó el partido. Puesto que para entonces Guevara ya era ministro de Industria, les dio como regalo a todos los jugadores una Coca-Cola, refresco para el que los cubanos nunca habían encontrado la fórmula y, por tanto, era una bebida transparente.

—Visto a la distancia, ¿cuál fue el mayor aprendizaje de esa época en Cuba?

—Que todo es posible. Si tú deseas algo, lo puedes realizar. Esa fue la gran enseñanza. No había imposibles, a nivel personal y social. Todo estaba en posibilidad de hacerse.

En 1963 Eraclio Zepeda viajó a Pekín como profesor del Instituto de Lenguas Extranjeras, no sin antes casarse con la poeta Elva Macías después de numerosas peripecias, ya que ella no contaba con el consentimiento de sus padres. Ahí radicaron un año y luego estuvieron cuatro más en Moscú, donde *Laco* se desempeñó como corresponsal de *La Voz de México*, órgano del Partido Comunista, lo que le permitió recorrer toda la Unión Soviética. De regreso en México en 1974, se publicó el libro *Asalto nocturno*, con el que ganó el Premio Nacional de Cuento de San Luis Potosí, galardón que le dio gran impulso como escritor.

#### POLÍTICA Y LETRAS

—¿Siempre tuvo clara la diferencia entre el territorio de la militancia política y el de la literatura?

—Sabía que la única manera de escribir bien era dividiendo los trabajos. Uno era el aspecto político y otro el literario.

—En su caso particular, ¿qué le ha aportado cada campo?

—Durante gran parte de mi vida hice trabajo político. Estuve en el Partido Comunista (PC) y cuando se disolvió hicimos el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), por el cual fui diputado. Luego, junto con Heberto Castillo, fundamos el Partido Mexicano Socialista (PMS) y después fuimos a apoyar la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas por el Partido de la Revolución Democrática (PRD).

—A la distancia, ¿ha cambiado la visión que usted tenía de la política?

—No, yo sigo pensando que la única forma de encontrar un camino nuevo para México es por la vía de la democracia. El socialismo por el que pugnamos tiene que ser un socialismo democrático, nada de la dictadura del proletariado. Nada de una sola clase en el poder. La democracia construyendo el socialismo, sobre la base del respeto absoluto a los derechos de todos.

—¿Qué le ha brindado la literatura?

—Por fortuna, he escrito varios libros a los que les ha ido bien. Por *Andando el tiempo* obtuve el Premio Xavier Villaurrutia y luego el Premio Chiapas, con el que me sucedió algo muy curioso. Cuando apareció *Benzulul* en 1960, yo tenía 22 años. Los muchachos de la escuela preparatoria se entusiasmaron mucho con el libro y me propusieron para el Premio Chiapas y según supe, el jurado me eligió ganador. Pero al gobernador de entonces, al doctor Samuel León Brindis, un hombre inteligente, incluso amigo de mi familia, le surgió la cola anticomunista y pidió anular el premio por mi filiación política; esto ocasionó que el premio se dejara de dar durante diez años. Y en 1983, me postularon por segunda ocasión y me fue otorgado. Esa es una de las dos veces en mi vida que me he sentido discriminado por cuestiones ideológicas.

#### EL VASTO TERRITORIO DE LA NOVELA

—A partir del año 2000, usted se dedica a escribir una tetralogía de novelas. ¿Qué lo hace dar el salto y entregarse durante doce años a dicho género?

—En el 2000, yo era embajador de México ante la UNESCO en París. Y tenía tiempo libre, en las tardes, por lo que pensé que era el momento adecuado para empezar un viejo proyecto, pospuesto, que tenía de hacer una novela. Al principio, pensé que iba a ser un solo volumen, pero decidí hacer cuatro novelas breves. Recordaba el único consejo que recibí de Alfonso Reyes. Cuando se publicó *Benzulul*, don Alfonso me dio la sorpresa de que lo había leído y me dijo: “Eraclio, tarde o temprano vas a escribir novela”. “No creo”, le contesté. “Cuando llegue ese momento —prosiguió— tienes que ponerte municiones en las nalgas, porque hay que estar sentado mucho tiempo y acabar con esa vida de pata de perro que tú tienes”. Así que, con una buena dotación de municiones en las nalgas, comencé a escribir esa novela.

—Estamos hablando de un proyecto literario muy ambicioso, ya que abarca la historia de su familia, que sirve para contar la del estado de Chiapas a lo largo de un siglo: de la década de los años treinta del siglo XIX a la década de los años treinta del siglo XX...

—Una de las formas para tener una visión universal era ser profundamente local. Yo quería contar la histo-

ria que había escuchado muchas veces sobre mi familia. Decidí no poner a los personajes los nombres verdaderos. Porque no falta quien diga: “No, las cosas no eran así, sino así”.

—¿En quién está inspirado Ezequiel Urbina?

—Ezequiel Urbina es mi abuelo Manuel Eraclio Zepeda. La que lleva su nombre propio en la novela es la abuela Juana, pero en lugar de Juana Zepeda la llamé Juana Urbina.

—¿De qué manera llevó a cabo la documentación histórica?

—Gran parte de esta biblioteca —señala hacia los estantes de madera que cubren, de piso a techo, la más grande habitación de su casa en la colonia Condesa— está especializada en la historia de Chiapas y del sureste. Fíjate que una de las pocas veces que platiqué con García Márquez me dio este consejo: “Sé que estás escribiendo una novela histórica. Tú puedes hacer lo que quieras con tu imaginación mientras las bases históricas sean sólidamente demostrables; si no, cualquier tonto te la derriba”.

—¿Cuál era su intención al abordar la escritura de esta saga por la que transitan numerosos personajes?

—Yo quería señalar que en un pequeño lugar del mundo, en este caso, en la finca familiar ubicada en la selva chiapaneca, vivía el planeta; mostrar que Chiapas no es un territorio aislado. Desde la fundación de la familia están presentes las influencias del mundo en lecturas de diarios, periódicos, libros. Desde las ideas de la Revolución francesa llegadas en libros de contrabando que vendían los catalanes de “La ruta del calcetín”, entre sus mercaderías de medias, suéteres y calcetines; la presencia de Chiapas en las Cortes de Cádiz, la atención que prestan los protagonistas a las luchas de José Martí, el nacimiento de la clase obrera en México, la presencia de las ideas cardenistas y muchos eventos más, con precisión histórica, además del recuento de sabios y hombres de aventuras que pasaban por la finca. Todo esto muestra la gran avidez de los personajes por ser ciudadanos de su tiempo.

Los títulos de los cuatro libros publicados por el FCE hacen alusión a cada uno de los elementos: *Las grandes lluvias* [2006], *Tocar el fuego* [2007], *Sobre esta tierra* [2012] y *Viento del siglo* [2013]. Cada tomo comienza con la muerte de un personaje y, a través de esta, se da estructura a cada libro. El último volumen termina en 1937, con el nacimiento del tercer Eraclio, el escritor con el que hemos conversado.

—Con la trayectoria literaria que usted tiene, ¿llegó a pensar que se había tardado un reconocimiento de la dimensión del Premio Nacional de Ciencias y Artes?

—Tal vez, pero qué bueno que llegó. Mentiría si dijera que no me hace muy feliz. Estoy muy contento con el premio. **U**